

Será solo posteriormente que en los países recién independizados surja un estrecho "nacionalismo localista", en oposición al "nacionalismo hispanoamericano" de los primeros próceres. Fruto de disímiles intereses económicos regionales, de ambiciones oligárquicas de ansias de poder de los caudillos militares, de soterradas acciones neocolonialistas, ese "nacionalismo localista" fue el factor fundamental en la disgregación de las grandes repúblicas surgidas de la independencia. La Confederación sanmartiana cayó bajo los embates de la burguesía portuaria de Buenos Aires, los "pelucos" chilenos y la oligarquía peruana. La República Centroamericana se disgregó en republiquetas, al calor de las pequeñas ambiciones terratenientes. Y la Gran Colombia, obra mayor de Bolívar, terminó dividida en tres Estados oligárquicos —Ecuador, Nueva Granada y Venezuela— a los que la voracidad imperialista norteamericana agregó posteriormente un cuarto: Panamá.

Esta disgregación, ya de suyo nociva, pues debilitaba la ima-

gen global de América Latina y dejaba a las pequeñas repúblicas prácticamente inermes ante las ambiciones extranjeras, tuvo una derivación aún más lamentable: fue el punto de partida de una sistemática serie de enconos, rivalidades y recelos, que casi siempre concluyeron en guerras fratricidas y en usurpaciones territoriales que, a su vez, desataron nuevas rivalidades e incabables odios internacionales entre nuestros países.

El resultado final inevitable fue el advenimiento del neocolonialismo. Los pequeños países resultantes de la disgregación fueron incapaces de resistir la avasalladora presencia política y económica de Europa y de los Estados Unidos, y terminaron convertidos en simples apéndices del capitalismo extranjero, cuando no en entidades abiertamente semi-coloniales, carentes de soberanía plena y siempre sometidas a la amenaza de la intervención extranjera.

En lo interior, las viejas oligarquías coloniales acrecentaron su poder mediante vinculación

con el poder militar surgido de la independencia, reimplantaron muchos de los mecanismos de dominación del sistema colonial y adecuaron el sistema republicano a los requerimientos de sus particulares intereses.

La esclavitud, contra la que tanto luchó el Libertador, siguió vigente en nuestros países, junto con el tributo de indios, constituido por largo tiempo en renglón fundamental de los ingresos públicos. El sistema de libre contratación del trabajo indígena, instituido por los decretos bolivarianos sobre naturales, devino en el horrendo "concertaje de indios". Y el reparto de tierras comunales a las familias indígenas, iniciado por esos mismos decretos, dio paso al festinamiento de las tierras de comunidad, que pasaron a incrementar el territorio de las haciendas oligárquicas. Por todo ello, la "república" vino a parecerse más a la antigua colonia que a la moderna república liberal que fundara Bolívar.

■

Hacia una labor interinstitucional en el estudio de la cultura folklórica mediante atlas y bibliografías

Manuel Dannemann

Es indiscutible y siempre convendrá destacarlo, que los estudios del folklore en América Latina poseen una tradición académica casi centenaria, algunos de cuyos resultados les han permitido obtener un justo prestigio en otras partes del mundo, principalmente en Estados Unidos de Norte América y en Euro-

pa, como ocurre con el reconocimiento dado a los trabajos del mexicano Vicente Mendoza, del argentino Carlos Vega y de la venezolana Isabel Aretz, sobre la música aborigen y mestiza, o con los del brasileño Paulo de Carvalho Neto, concernientes a sistematizaciones generales, enfoques interdisciplinarios y monogra-

fías, de la cultura folklórica, o con los del recordado amigo y maestro Augusto Raúl Cortazar, respecto del concepto europeo clásico del folklore.

Fue en América Latina donde Robert Lehmann-Nitsche aplicó a un rico material rioplatense su famosa clasificación de las adivinanzas, la cual hoy mantiene su vigencia, y fue también aquí donde Rudolph Lenz fundó la sociedad de Folklore Chileno, que cumplirá ochenta años en 1989, del espíritu de la cual son continuadoras investigaciones sobresalientes, como las de Yolanda Pino sobre el cuento folklórico.

No obstante, al igual que otras disciplinas del campo de la cultura, la nuestra necesita un poderoso avance de origen latinoamericano, el cual produzca los fundamentos, la metodología la formulación teórica, las instancias de aplicación de sus logros científicos para bien de nuestros pueblos, de acuerdo con nuestra realidad, porque aunque la ciencia tenga elementos universales así como también los tiene la cultura, existen situaciones, motivaciones, intenciones, que sólo pueden entenderse con sentido latinoamericano de creación científica, como ha sucedido y seguirá aconteciendo con la creación artística, universal por sus alcances y únicamente latinoamericana por su esencia, la de los murales de Siqueiros, de la pintura de Guayasamín, de la música de Villalobos, de la poesía de Neruda, de la narrativa de García Márquez.

He usado deliberadamente la voz disciplina por lo que ella exige, en su corrector significado de esfuerzo, de preparación, de perseverancia, de mentalidad crítica, de sensibilidad, de afecto, condiciones que bien conjugadas pueden alcanzar niveles de óptima eficacia.

Lamentablemente, no han sido ellas en su conjunto un paradigma común de los estudios latinoamericanos, ni menos aún frecuente programa de acción en nuestras tierras, por lo que se hacen dignos de una gratitud especial quienes les han dado cumplimiento durante largos períodos, quizás a costa de cuántos sacrificios personales. Y como son pocos los elegidos de los dioses del folklore a los cuales se les ha otorgado la gracia de la revelación, y también escasos los que hallan cami-

nos abiertos por los grandes maestros, como el que yo tuve la satisfacción de encontrar en Buenos Aires, en 1960, en el más importante congreso de folklore que se ha celebrado en América Latina, con la ayuda que mucho agradezco de Roger Lecotté, de Francia, de Roger Pinon, de Bélgica y de Paulo de Carvalho-Neto, brasileño y americano, es imprescindible buscar y poner en práctica estímulos que atraigan a jóvenes estudiosos, comprometidos con la investigación de su cultura, bien dispuestos a que su obra sea una buena simiente para la siembra de bienestar de sus pueblos.

Pero para conseguir estos propósitos tenemos que ofrecer algo más que expectativas, que el carisma de los maestros, que las declaraciones de los congresos, que el acicate de poner a prueba incesantemente nuestras hipótesis, parte irrenunciable de la ciencia, que no es una acumulación, descripción y comparación de materiales, como siguen intentándolo la mayoría de los folkloristas latinoamericanos; tenemos que demostrar la existencia sólida de tareas institucionalizadas, con una organización fructífera, creativa, convincente, de excelencia científica.

Sobre lo hecho por quienes fueron poniendo esperanza sobre esperanza, conocimiento sobre conocimiento, piedra sobre piedra, para construir la ciencia del folklore en América Latina, nos hemos reunido aquí, en un momento talvez mucho más decisivo de lo que ahora imaginamos, sin necesidad de que nosotros nos dediquemos a los recíprocos elogios ni de que caigamos en la estéril rutina de las recomendaciones a nuestros gobiernos sobre su obligación de proteger el folklore, por lo general sin haber evidenciado las bondades de él.

En esta oportunidad se trata de aprovechar lo mejor posible nuestras experiencias, como lo pide la convocatoria de esta reunión, y de decidir, a corto y a mediano plazo, actividades que permitan el desarrollo de la ciencia del folklore, y, por ende, lo repito, la obtención de conocimientos que promuevan la autovaloración, la dignificación y la integración verdadera de nuestras culturas, en beneficio de su fortalecimiento y de la ampliación enriquecedora de sus modos de vida.

Para estos fines y respetuoso de las sugerencias del Presidente del Comité de Folklore de la Comisión de Historia del I.P.G.H., nuestro amigo Celso Lara, les solicito su generosa disposición para ocuparnos de los siguientes temas: el primero, correspondiente a proyectos de cooperación multinacional interinstitucionales, y el segundo, a la bibliografía de folklore latinoamericano, la que si bien podría incluirse en la primera área, por su carácter peculiar merece una consideración aparte.

Decir proyectos de cooperación multinacional es centrarse en un ámbito comparativo extraordinariamente útil para saber cómo es la cultura latinoamericana, no sólo la de Cuba, o de Panamá, o de Honduras, o de Colombia, o de Bolivia; o la de los miskitos, o de los sibundoy, o de los shuar, o de los qawashkar. Es, por ejemplo, preguntarse y contestarse el por qué de la potencia actual de Pedro Urdenales en nuestros países, cuyas hazañas corren en lengua quechua en Bolivia, que fuera elegido para una tesis doctoral en San Salvador; que en el Atlas de Folklore de Chile aparece con arrogante y abrumadora intensidad.

Decir proyectos de cooperación multinacional es reflexionar, por ejemplo en formas, técnicas de construcción, recursos de decoración, funciones, de piezas artesanales que obedecen a regiones culturales, con sus procesos evolutivos y sus proyecciones de hoy del futuro en una realidad hispano-andina.

En este plano deseo citar un proyecto que he presentado a diferentes organismos, hasta ahora sin respuestas, en el marco de la conmemoración de los quinientos años del descubrimiento europeo de América o del encubrimiento como diría el maestro Zea. El concierne a la investigación del romance de procedencia hispánica en los países iberoamericanos, género relevante por la bien sabida significación histórico cultural que tiene en el Nuevo Mundo, y el éxito de sus objetivos que nos proporcionaría no sólo un acopio caudaloso de composiciones poéticas y poético-musicales, de interés para antropólogos, sociólogos, psicólogos sociales, historiadores, geógrafos humanistas, estudiosos de la literatura, investigadores de la cultura folklórica, filólogos, lingüistas; sino también, un luminoso panorama integrador de la conservación, del cultivo, de

la recreación, de un romancero que hoy podemos llamar genuino latinoamericano y que guarda mucho de la memoria oral de España y Portugal, reducida marcadamente, en nuestro tiempo, en sus países de origen.

La edición y difusión de una obra que contuviese un corpus orgánico de estos romances, complementada audiovisualmente, mostraría uno de los fenómenos culturales más representativos de la América mestiza.

Me permito, entonces, incentivar con fervor a mis colegas que participan en este simposio, (1) para que emprendamos este redescubrimiento de América a través del romancero que han preservado nuestros pueblos, con una perseverancia que refleje un profundo espíritu de unidad, y solicitarle al Presidente del Comité de Folklore, Celso Lara, que patrocine e impulse esta iniciativa, con el apoyo del Dr. Jorge Salvador Lara, Presidente de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (I.P.G.H.)

Resuenan evocadoras y vigorosas en el presente las palabras de don Ramón Menéndez Pidal, publicadas en las páginas 14 y 15 de su libro *Los Romances de América y otros Estudios*, (5ta. edición, Espasa Calpe Argentina, Colección Austral, Buenos Aires, 1948 inspiradoras de una nueva etapa de investigación: "Seguramente en la memoria de cada capitán, de cada soldado, de cada negociante, iba algo del entonces popularísimo romancero español, que como recuerdo de la infancia reverdecería a menudo para endulzar el sentimiento de la soledad de la patria, para distraer el aburrimiento de los inacabables viajes o el terror de las aventuras con que brindaba el desconocido mundo que pisaban" (la primera edición es de la revista *Cultura Española*, Madrid, No. 1, 1906, pp. 72-111).

El procedimiento de la cartografía temática ha sido de gran utilidad para indicar cómo vive la cultura folklórica, en cuanto a su vigencia, a su dispersión, a sus funciones, a sus formas, a su diversidad regional y local. Así, los atlas del folklore son instrumentos gráficos

(1) Se refiere al Primer Simposio Panamericano de Historia, celebrado en Quito, del 30 de octubre al 5 de noviembre de 1988, bajo los auspicios del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (I.P.G.H.).

que permiten leer los testimonios de los propios cultores, obtenidos mediante encuestas orgánicas efectuadas por recolectores especializados y debidamente entrenados.

En América Latina, el precursor de esta técnica de trabajo, como aconteciera también con otros rubros metodológicos y temáticos, fue el estudioso brasileño Paulo de Carvalho-Neto, por medio de su **Geografía del Folklore Ecuatoriano**, publicada el año de 1967, y Chile fue el primer país que inició un proyecto de Atlas del Folklore en toda América, en 1971, con el patrocinio académico y financiero de la Universidad de Chile, la colaboración de la Universidad de California y la Asesoría de la Universidad de Bonn. La carta base de este atlas, con su pertinente fascículo, fue publicada en 1985, con el financiamiento de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, cuya Sección de Folklore, que data de 1913, tiene a su cargo la responsabilidad de continuar con la edición de las cartas temáticas, de las cuales la concerniente a la narrativa y la referida a la adivinanza, aparecerán a fines de este año, la primera, y a comienzos de 1989, la segunda, asimismo con el apoyo financiero de dicha sociedad.

Debe recalarse aquí lo expresado por el eminente folklorista Richard Weiss, en su **fundamental Introducción al Atlas del Folklore de Suiza**, respecto de que los atlas son compendios de fuentes de consulta, procedimientos para orientar y organizar investigaciones propiamente tales, ya que los datos que entregan permiten a los investigadores considerar prioridades, adoptar criterios temáticos, buscar rutas comparativas, decidir métodos y técnicas, en procura del logro de sus objetivos.

Lo aprendido y lo mucho más que podamos aprender de los atlas de los países europeos y del gigantesco proyecto del Atlas del Folklore de Europa, incitan a proponer a los colegas latinoamericanos el uso de estos instrumentos en nuestras respectivas naciones. No obstante, frente a la realidad de nuestras posibilidades académicas y nuestros recursos materiales de hoy, habría que reconocer lo difícil que sería concretar proyectos que abarcasen toda la cultura folklórica, como es necesario para elaborar síntesis globales de los sistemas folklóricos de cada país. En cambio, es facti-

ble, una vez elegida sensatamente una temática, la participación de varios países —ojalá todos los de Latinoamérica— en cartografías específicas, como la de los cuentos de Pedro Urdemales, ya citados al ocuparme de los proyectos de cooperación multinacional, o la de los romances, en relación con el proyecto antes planteado; o la de los cantos juglarescos, entre tantas otras alternativas.

Para este fin sugiero la formación de un grupo de trabajo que examine esta materia, y haga llegar su opinión al Presidente del Comité de Folklore, para que él, con los miembros de dicho comité que puedan convenientemente asesorarlo, ponga en marcha un primer proyecto de atlas, sea de contribución a un país que hubiera resuelto comenzar, sea de índole multinacional, de mayor o menor vastedad temática. Sobre este particular, ofrezco proporcionar la experiencia chilena de diecisiete años.

En cuanto a la bibliografía del folklore latinoamericano, les ruego disculpar el apasionamiento con que voy a referirme a ella, en primer término, porque no existe, y en segundo lugar porque la he concebido desde años atrás como una instancia previa a la Bibliografía Internacional del Folklore, a la que me he dedicado con tenacidad y con poca y transitoria colaboración de mis colegas de América Latina.

Uno de los requerimientos de la comunidad científica mundial consiste en el seguro y rápido manejo de la información de su quehacer. Los estudios del folklore no pueden evadirse de esta actual exigencia, y en este plano son imprescindibles las bibliografías sistemáticas, que entre nosotros se distinguen por su esporadicidad y deficiencias técnicas. De ahí que una de las tareas urgentes del Comité de Folklore es publicar una bibliografía de folklore latinoamericano, así como mantener siempre una muy representativa inclusión de nuestras publicaciones periódicas y no periódicas en la Bibliografía Internacional del Folklore, cuyo primer número, a cargo del suizo Eduard Hoffman-Krayer es del año 1919, y cuyos editores son ahora el profesor Rolf W. Brednich de la Universidad de Göttingen, el profesor James Dow, de la Universidad Estatal de Yowa.

Sin embargo, y pese a que reiteradamente, en mi calidad de coordinador para Latinoamérica y Filipinas de la mencionada Bibliografía Internacional del Folklore, les he manifestado a mis colegas la necesidad de mostrar una imagen fidedigna de nuestros estudios; que esta bibliografía nos entrega la oportunidad de compartir una misma tribuna con los países más avanzados en nuestra disciplina y no seguir desapercibidos para éstos; que cada colaborador recibe gratuitamente un ejemplar de esta obra que posee cerca de 9.000 referencias, y con la cual se producen efectos multiplicadores en nuestras naciones; mis apreciados colegas o no contestan mis peticiones, con un desconcertante silencio, o eluden los plazos y/o las normas de presentación de los títulos, con excepciones que, como la golondrina del refrán, no hacen verano bibliográfico. De esta manera, la mayoría de las veces, por lamentable negligencia, nos marginamos de esta obra, con grave daño para el desarrollo de la ciencia del folklore en nuestra América.

Por las razones que he señalado, yo aliento la esperanza de que, a lo menos los países representados por nosotros en esta reunión se comprometan a elaborar, cada dos años, la Bibliografía del Folklore Latinoamericano, y a asegurar una presencia digna en la Bibliografía Internacional del Folklore, así como a dirigirnos oficialmente a los países restantes para que se sumen a este compromiso, a mi entender irrenunciable.

Pido, por lo tanto, aprobar este proyecto de la Bibliografía del Folklore Latinoamericano, regida por las normas técnicas en uso, para su publicación en la revista especializada del I.P.G.H., como ya se dijera, de aparición bianual, mediante una colaboración permanente de colegas de nuestros países, y de la cual se seleccionarían los títulos para la Bibliografía Internacional del Folklore, conforme los obje-

tivos de ella, para lo cual el señor Presidente del Comité de Folklore tomaría las medidas que fuesen de rigor.

Señor Presidente de la Comisión de Historia, nuestro afectuoso anfitrión, señor Presidente de esta jornada de simposio, colegas de todas las especialidades:

En esta comunicación ha prevalecido una búsqueda de proposiciones sobre el desarrollo de la disciplina del folklore, con argumentos de crítica, polémicos algunos. Y más polémica será mi afirmación final de que esta disciplina se encuentra en un estado incipiente, no en su nivel académico, sino en el institucional, y la prueba irrefutable de mi aseveración es el grado de reconocimiento que hoy en América Latina se otorga a la investigación de la cultura folklórica institucionalmente, en relación con otras disciplinas del campo de las llamadas ciencias del hombre, o sociales, o de la cultura.

Cuando el esfuerzo de nuestros antecesores y de los que hoy luchamos por la institucionalización poderosa y extensa de la ciencia del folklore, haya logrado la consistencia que le admiramos en Escandinavia, en Europa, en Estados Unidos de Norteamérica, entonces, por su propio empuje, la disciplina del folklore obtendrá ese reconocimiento y el respeto, que ahora está limitado a unos pocos débiles sectores académicos, porque esta disciplina tiene mucho que hacer en la comprensión del hombre americano.

Yo sé que los colegas del Comité de Folklore van a conseguirlo con sus trabajos científicos y pragmáticos, y sé que los colegas de otros comités de la Comisión de Historia van a darnos su generoso apoyo. Por eso y por la benevolencia con que me han escuchado, muchísimas gracias. ■